

La salud del sabio Caldas

Escribe: GERARDO PAZ OTERO

Los biógrafos y estudiosos de la obra de Francisco José de Caldas concuerdan en destacar ciertos rasgos referentes a su delicada salud en la niñez, adolescencia y juventud, aduciendo detalles nosológicos que bien merecen un estudio médico-histórico.

Desde su tierna infancia se presentaron signos anormales que alarmaron a los esposos Caldas-Tenorio, como lo comenta Jaime Paredes en su apología del sabio payanés: "En familia, cuidándose de no ser oídos, se hablaba de los síntomas que revelaba Caldas y que hacían temer una desgracia irreparable: la niñez enfermiza, la juventud de convaleciente, los repetidos dolores de cabeza cuando enseñaba el derecho civil, en el Colegio Mayor, y aquellas aficiones tan extrañas de su espíritu...".

Parece que los primeros síntomas fueron trastornos del sueño y del apetito: "Y el niño dormía mal, —continúa Paredes— se sabe que alguna de las noches de agudo sonambulismo, llegó caminando hasta el borde del viejo chorro de la casa. Por fortuna, al pisar la primera grada el frío del agua lo despertó. Desde entonces las criadas redoblaron sus cuidados. Y el ni-

ño comía poco. Se sabe también que su *carguera*, como se llama en Popayán a la criada de los arrullos, se veía obligada a contarle historias de hadas, con el objeto de conseguir que tomara la taza de caldo".

Acéptase que el sueño puede considerarse en último término, como un estado normal de pérdida de la conciencia del mundo exterior, estado en que no se inhibe absolutamente la vida síquica, pues la actividad subconsciente prosigue, pero faltándole un elemento de la vigilia, o sea, la verdadera conciencia de la personalidad, a la cual se une el establecimiento de relaciones entre las vivencias y la actividad voluntaria. Durante el sueño desaparece el encadenamiento normal de los fenómenos síquicos, y las representaciones se suceden sin ilación en el campo de la conciencia, por muy contradictorias que sean entre sí.

En algunas personalidades denominadas vulgarmente como "nerviosas" se observan frecuentemente estados de sueño patológico, caracterizados por reacciones motoras provocadas a causa de las fantásticas representaciones mentales que dominan en el campo de la con-

ciencia, asumiendo en algunos casos la apariencia de una normal coordinación de los actos, por ejemplo en el sonambulismo. Por lo tanto el fenómeno sonambúlico (caminar automático durante el sueño) puede definirse con Warren, como la ejecución de actos (automatismo ambulatorio) y movimientos de los cuales padecerá amnesia el sujeto al volver al estado normal. Trátase generalmente de niños que se levantan de la cama y pasan a otra habitación, realizan algunos actos, siempre muy sencillos, y vuelven a acostarse, salvo si se les despierta activamente. Durante el episodio automático, existe cierta percepción del mundo exterior, y ello explica el que eviten los obstáculos que se oponen a su marcha y que no tropiecen con muebles, o se expongan a serios peligros; la amnesia consecutiva es habitual, con extrañeza de lo ocurrido si se les despierta súbitamente durante el proceso, o se les relata sus actividades noctambúlicas.

La gran afición espiritual de Caldas por el estudio, —tan precozmente manifiesta—, se vio seriamente interferida por agudas cefaleas que alertaron a sus padres y consultaron el caso con el doctor Mariano Grijalba, el más distinguido médico de Popayán en ese entonces, quien le prohibió las frecuentes vigiliadas y todo trabajo intelectual intenso.

Tan estricto régimen contrarió profundamente al adolescente, de cuya obsesión por la lectura dice su congénere, coterráneo y primer biógrafo don Lino de Pombo, que era tan grande el entusiasmo del joven estudiante por la ciencia de su predilección, que trasnochaba de ordinario cultivándola, y solía la

aurora sorprenderle olvidado de sí sobre sus problemas.

A su íntimo amigo Santiago Arroyo le escribió lamentándose: “Ya sabría usted la prohibición de los médicos, en especial del doctor Mariano, me hicieron de cualquier lectura sólida o seria que pidiese mucha atención y en que trabajase la mente”.

Hijo de padres de escasos recursos económicos, tan pronto como culminó sus estudios universitarios, viose obligado a trabajar para ayudar al sustento de sus diez hermanos; fue así como, sin ser el Derecho la ciencia de su predilección, accedió a regentar una cátedra en el Real Seminario; y, sin tener vocación para burócrata, aceptó el cargo de Promotor de Menores por nombramiento que le hiciera el gobernador, ocupaciones ambas que debió suspender debido a su precaria salud.

Apremiado por la necesidad emprende Caldas como mercader ambulante por pueblos del alto y medio Magdalena; la falta de experiencia comercial y las calamitosas correrías hicieron de la empresa un fracaso económico, y motivo de mayores quebrantos en su salud la que se vio afectada por una serie de nuevas dolencias, sumariamente extractadas de su correspondencia y de sus biógrafos en la siguiente sucesión cronológica:

1793: “Por causa de su enfermedad hubo de renunciar el cargo de Jefe de Promotor de Menores” (Bateman).

1794: “Toda ocupación de libros le era gravosa por la debilidad extrema de su cabeza, viéndose obli-

gado a renunciar la cátedra de Derecho Civil", (Pombo).

1795: "Una cadena de observaciones y discursos me divierte de mis *flatos*, de que estoy bien mejor", (carta de Caldas a Arroyo).

1795: En La Plata le siguen los males.

1796: Llega a Gigante "algo quebrantado de salud", (carta de Caldas a Arroyo).

1797: "Un ataque o especie de perlesia me obligó a pasar a ésta (Popayán) a principios del pasado", (carta de Caldas a Arroyo) (1).

1798: "Mis enfermedades no me han permitido el continuar escribiéndole", (carta de Caldas a Arroyo).

1799: Le escribe a Arroyo explicando su silencio "por falta de salud".

1803: Llegó a Ibarra con la salud quebrantada por una cadena continuada de fatigas, de trabajos y puede decirse que de miseria. (Bateman).

1803: Su debilidad física y la incompatibilidad temperamental, pri-

van a Humboldt de la valiosa asesoría de Caldas en sus posteriores exploraciones por el Perú, México y Norteamérica.

1804: El mal estado de su salud no le permitió salir de Quito para proseguir sus actividades científicas.

1805: El médico inglés Wallis le trata un "severo ataque de fiebres recurrentes" adquiridas en las selvas ecuatoriales. (Schumacher).

1810: Le escribe desde Bogotá a Manuelita Bahona, su desconocida esposa, casada por poder, quien en Popayán le espera para el viaje de bodas, excusándose de no escribirle más largo por causa de una "fluxión".

Sería grave osadía médica intentar formular un diagnóstico clínico con base en tan escuetos datos: pero si cabe interrogarse: ¿Cuán mayor y más brillante habría sido la producción científica de este hombre, —mentalmente superdotado—, si su débil constitución orgánica no hubiese frenado el libre desarrollo de su ímpetu espiritual? ¿Qué cumbrés no hubiese escalado su vigor síquico sin el lastre de su astenia física?

(1) "Perlesia" término con que los médicos coloniales denominaban la pleuresía.